

PRAXITELES Y EL ESTILO PRAXITELICO.

Por lo general se considera que fué en el siglo de Pericles cuando el arte clásico llegó a su culminación. Las grandiosas concepciones y las obras que dieron carácter a dicha época, conservan todavía su prestigio y se imponen a la admiración universal. La efigie de Atenea, los frisos del Partenón, las estatuas cinceladas por los maestros de las escuelas ática y argiva—Fidias, Policleto y sus continuadores—marcan un momento en la evolución del espíritu griego, cuya más genuina expresión literaria encuéntrase en las tragedias de Esquilo.

Pero no se llegó a la perfección sino algo más tarde. En el siglo IV la estatuaria busca la gracia y la espiritualidad, la expresión indefensa, mórbida; avanza por la vía del refinamiento y el cuidado voluptuoso de la forma. Es el extremo de aquel proceso que se inicia con las imágenes hieráticas de la época arcaica. La animación de la escultura es un fenómeno tan natural como en filosofía el afán socrático de penetrar los misterios de la naturaleza humana. El siglo IV es la víspera lujosa y brillante del ciclo helenístico; es verdaderamente una época de plenitud. Se pasa entonces de lo sublime a lo bello, de lo celeste a lo terreno, de la fuerza a la delicadeza. Y a la preferencia por el bronce heroico de los escultores de Argos, se substituye el empleo deleitoso del mármol de Paros. Una línea igual de progreso parecen haber seguido todos los movimientos estéticos. Así, por ejemplo, ocurre con la arquitectura moderna, que se inaugura en el Renacimiento con la pretendida restauración del clasicismo y sus normas, y desemboca en los estilos barroco y rococó. Entre la magna fiereza del “Moisés” de Miguel Angel, o esos broncos “Profetas” que debemos a su pincel, y el aterciopelado encanto de la “Leda” de Leonardo, hay una considerable distancia espiritual.

Muy acertadamente dice un historiador: “Se ha reprochado al siglo IV que dejó perder el carácter religioso de las imágenes divinas, reemplazándolo por el puramente estético; esto es exacto en el

sentido de que las figuras van perdiendo la elevación religiosa que les daba su altitud y su simbolismo". (1)

La escultura del siglo V se caracteriza por la persistencia de cierta rigidez en la actitud. Es una escultura de líneas todavía sencillas. En el siglo IV se rompe con esos restos de hieratismo y se logra la más perfecta naturalidad. Las figuras tienen un ritmo y un movimiento expresivo propiamente gimnásticos. No es extraño, pues, que en este período se vea una acentuada predilección por el desnudo.

La única obra de las atribuidas a Praxíteles cuyo original se conserva, es sin lugar a dudas el "Hermes" descubierto en Olimpia en 1877. El dios lleva en brazos al niño Dionisos. Tan acabada es la belleza de su aspecto, y tan pura la atmósfera apolínea que envuelve su figura, que invitan al placer de una larga contemplación.

Podemos formarnos un concepto cabal del arte praxitélico no sólo a través de las esculturas mismas, sino de las referencias históricas, tales como el testimonio de Plinio, quien dice que Praxíteles "aunque fué más famoso por sus esculturas en mármol, produjo obras en bronce de gran belleza". Hay razones para suponer que el artista supo acatar sabiamente los mandatos de Apolo, sin renunciar a la inspiración dionisiaca. Fué, al igual que muchos espíritus selectos de su tiempo, un iniciado en el orfismo; y como las ménades bajo el hechizo de la flauta, halló en la embriaguez mística una forma de revelación, un modo sobrehumano de contemplar la realidad.

Salvo la efigie de Dionisos (conocida con el nombre de "Sardanápalo"), todas las estatuas que se supone fueron cinceladas por Praxíteles son figuras desnudas. Una de las más notables es la Afrodita de Cnido, famosa en la Antigüedad. Al esculpir esta imagen divina, Praxíteles dió por exigencias de su temperamento un paso atrevido pero felicísimo, pues, como dice un crítico, despojó a la diosa de sus velos sin menoscabo de su pudor, de su alta dignidad, de su aire soberano. "Praxíteles dió a la estatuaria de Grecia y del mundo un tipo de mujer distinto del que tenían las imágenes olímpicas de la época de Fidias. La mujer verdadera, toda poseída de feminidad, la mujer de carne y encanto". (2)

Nótase en Praxíteles una marcada predilección por lo femenino, y por ello se inclina a modelar las formas de tiernos efébos. Así lo demuestran sus tipos de Eros, su "Apolo Sauróctono" y el

(1) G. Rodenwaldt: ARTE CLASICO (tomo III de la Historia del Arte "Labor").

(2) Henri Lechat: LA SCULPTURE GRECQUE.—París, Royot, 1922.

“Sátiro Escanciador” (aquel que según Plinio se hallaba al lado de “un Dionisos noblemente embriagado”); y también el “Fauno”. El Eros preferido por Praxíteles era el llamado Tánatos o genio de la muerte, obsequio del artista a su amante Friné, la abuelta por hermosa. Es un adolescente frágil y contemplativo. Su cuerpo está doblado con la indolente “curva praxitélica”. Tiene la cabeza baja y los ojos perdidos en el ensueño. Este gesto de fervor se reproduce en la “Psique” con mayor intensidad. En cuanto al “Fauno”, existe una copia entera en el Museo de Berlín, además del torso en mármol de Paros que fué descubierto en el Palatino. Ha sido objeto de muchas discusiones, pero indudablemente pertenece al mismo estilo. Su cuerpo no acusa una pronunciada masculinidad; muy al contrario, el equívoco sexual es tan perturbador en él, como en las mejores representaciones de los ángeles. La cabeza, candorosamente perversa dice un no sé qué de primitivo, de selvático. La flauta que el delicioso Fauno lleva consigo, así como la piel de pantera con que se cubre la espalda, le dan el prestigio de inocente de lo anterior a la palabra.

Lo que a primera vista resalta en el estilo praxitélico es una morbidez lunar, un acento melancólico producido por el “sfumato” del mármol. En muchas obras de imitación, sin embargo, el “sfumato” resulta en una relamida tristeza que no tiene nada que ver con el estilo noble de Praxíteles. Los malos imitadores, lejos de obtener con ese recurso técnico la expresión dionisiaca, dieron a las formas una afectación sentimental que ofende y maltrata la vista. Tal ocurre por ejemplo con la llamada “cabeza de Chíos” que se exhibe en un museo norteamericano. Los mármoles de Praxíteles están vivos, y esculpido en ellos nos llega, a lo largo de miles de años, el mensaje de un gran artista.

ELÍAS TOVAR VELARDE.